

Pedro Alberto Zubizarreta

Datos bibliográficos: <http://www.artelista.com/autor/4714550081964951-zubizarreta.html#view-bio-full>

Cuando la cordillera se embaraza

Cuento de Pedro Alberto ZUBIZARRETA

El agente sanitario Alejandro Villanueva, a quien los amigos llamábamos Jano, tenía un olfato llamativo para detectar embarazadas. A las pocas semanas de gestación ya estaba Jano zumbando en torno a la familia de la embarazada para asegurar que se cumpliesen los controles de salud.

“Encontré una embarazada nueva”, me comentó Jano un día. “Se me vino escapando, ahora debe andar por el quinto mes”.

“¿Quién es?”

“Asunción Carvajal. Usted no la conoce, pues vive a cinco horas de caballo bien caminadas”, respondió Jano.

Cuando Jano decía cinco horas de caballo “bien caminadas” significaba sin descansos en el trayecto. Con estos datos uno podía tener ya una buena idea de porqué para algunas personas resultaba difícil concurrir a los controles de salud.

“Si te parece vamos a hacerle una visita nosotros”, le dije.

No es que yo tuviese la obligación de ir a la casa de todos los que vivían lejos, pero a la conveniencia de hacerle los controles a Doña Asunción se sumaba mi profundo interés por recorrer las distancias que hacen de la Patagonia un espacio de dimensiones inconmensurables. No se tiene una plena conciencia de lo que es el espacio en su dimensión humana hasta que uno no lo recorre a pie o al menos a caballo. El automóvil y el avión nos han quitado la experiencia de la de los límites de los músculos y el cansancio.

Jano y yo emprendimos a caballo el camino hacia la casa de la familia de doña Asunción una mañana de sol de pleno verano. Hay que dejar que el caballo elija su ritmo y su camino. Al trepar y más aún al descender una cuesta, los caballos de la cordillera, de baja talla y con espeso pelaje, reaccionan con prudencia y pisan sobre terreno seguro. Lo mismo ocurre al

vadear un río caudaloso. Espolear al animal u obligarlo a cambiar el rumbo puede entrañar un grave peligro. Entonces uno aprende a dejarse llevar. Fue una extraña sensación para mí depositar tal confianza en un animal. De él dependían nuestras vidas y ambos lo sabíamos. De pronto se establecía un vínculo crucial con el caballo, un nexo profundo y genuino que no admitía menoscabos ni cuestionamientos.

Llegamos a la casa después del mediodía, sorprendiendo a sus habitantes, que lo que menos esperaban era ver llegar al doctor de visita por primera vez en sus vidas. Doña Asunción se aprestó de inmediato para la consulta. Luego del examen físico y la extracción de sangre para análisis, todos nos sentamos a churrasquear, con suficiente carne que Jano había traído para todos. Acordamos con Doña Asunción que ella vendría hasta el hospital una semana antes de la fecha del parto para permanecer internada junto con la niña más pequeña.

Doña Asunción cumplió con su palabra. No era para menos, el gesto de mi visita se pagaba con la misma moneda. El parto normal se produjo en la fecha prevista y cuatro días más tarde la parturienta regresaba a los confines del mundo civilizado llevándose consigo una nueva boca para alimentar.